

LA VALLESA DE MANDOR. COLINAS Y LLANOS JUNTO AL TURIA

Carlos Ferrer García
Museu de Prehistòria-SIP

El poblado de la Lloma de Betxí se halla situado en la Vallesa de Mandor, en la ribera izquierda del río Turia, en un paraje de suaves colinas de cumbres aplanadas y laderas rectas, pocos kilómetros antes de que el cauce alcance su cuenca más baja, en la que se abre la llanura litoral de l'Horta. Se trata de un estrecho y fértil valle orientado de oeste a este, con apenas 500 m de anchura, constreñido por las colinas al norte y por un escarpe al sur de más de 10 m que lo separa de los llanos del Pla de Quart (Fig. 1).

El río domina los rasgos del medio físico del área, ya que las colinas son el resultado de la acción erosiva y su encajamiento a lo largo del Cuaternario en una extensa plataforma de rocas calcáreas terciarias de calizas, areniscas, arcillas y margas, que se extiende a modo de escalón entre las sierras interiores y la depresión litoral valenciana

(Garay, 1995). A lo largo de su historia, el río ha modelado el paisaje, erosionando las rocas terciarias y construyendo terrazas fluviales naturales en fases consecutivas de relleno y encajamiento. La erosión ha desmantelado parcialmente las rocas duras, dando forma a vaguadas y barranqueras que delimitan las colinas. La sucesión de momentos en los que el río transportaba sedimentos que se acumulaban junto al cauce, con otros en los que el agua circulaba limpia y erosionaba el fondo, encajándose, ha dado lugar a un sistema de depósitos sedimentarios aterrazados. Los más antiguos del Pleistoceno inferior y medio (Carmona, 1991) aparecen en forma de glaciares encostrados al sur, en el Pla de Quart, y como sedimentos fluviales, de cantos y gravas redondeados con una matriz de arenas cementadas y frecuentes costras calcáreas, en las propias colinas de la ribera norte de la Vallesa de Mandor. Es el caso de la Lloma, donde son estos sedimentos fluviales encostrados, superpuestos al roquedo terciario, los que constituyen el sustrato del yacimiento (Fig. 2).



Fig. 1. Localización de la Loma de Betxí.

Las terrazas más recientes aparecen encajadas en las anteriores y forman el valle del río. Se trata al menos de dos niveles situados en torno a 10 y 2 m por encima del cauce, del Pleistoceno superior final y del Holoceno, con algunos retazos de otra de época histórica. Entre estas y las anteriores, se extiende un nivel conservado como superficies de erosión, que al sur de la Loma conforma un pequeño escalón entre sus laderas y el fondo del valle.

La topografía actual es el resultado de esta historia geológica reciente. El yacimiento ocupa una de las colinas más aisladas y próximas al valle (Fig. 3). Se halla elevada en torno a unos 20 m por encima de un llano que

conforman, por un lado, el collado norte que lo separa de otras lomas y de la plataforma calcárea, la vaguada que la aísla por el este de otro promontorio, denominado Loma de l'Espart, y el rellano que da paso al valle del río. Por el oeste limita con una barranquera, algo más encajada, que desciende hasta la cota del valle, situado a unos 10 m más abajo.

Las condiciones ambientales, fundamentalmente el clima, y, como consecuencia de ello, el paisaje natural, han cambiado a lo largo de los últimos milenios. Hoy sabemos, gracias al estudio de muestras de sedimentos de sondeos en el hielo de latitudes altas y en el fondo oceánico, que aunque desde hace unos 5.500 años el clima es muy parecido al actual, se han producido constantes cambios, muchas veces bruscos y breves, de pocos centenares de años, en las temperaturas, y muy especialmente, en las precipitaciones y su distribución a lo largo del año (Martín Puertas et al., 2010). También sabemos que estos cambios no son homogéneos y que a nivel regional se producen variaciones significativas. Los estudios de los paisajes fluviales y de los entornos naturales de yacimientos arqueológicos valencianos muestran una activa dinámica de los medios sedimentarios, que denota, para

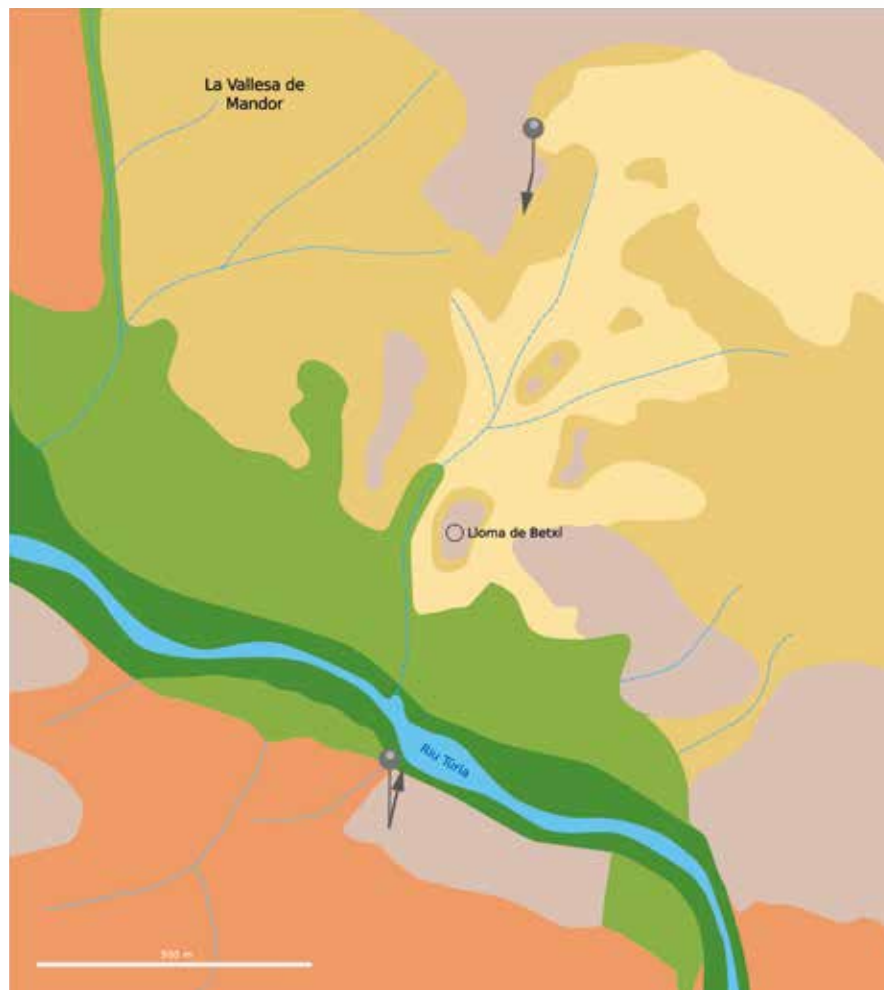
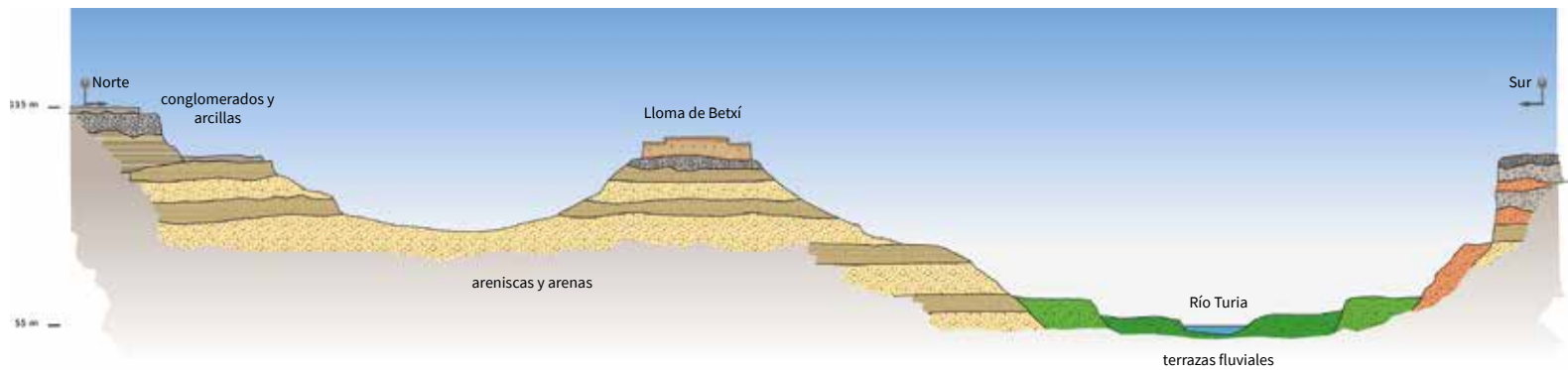


Fig. 2. Esquema de formas del paisaje y litológico; corte geológico ideal del entorno del yacimiento.
Dibujo de Á. Sánchez.

la Edad del Bronce, la alternancia de fases de cierta aridez y lluvias estacionales, en las que hay erosión en las laderas y en las que los ríos transportan sedimentos en cauces poco profundos y con caudales irregulares, con fases en las que las lluvias son más homogéneas a lo largo del año, en las que se forman suelos en las laderas cubiertas de vegetación y los caudales de los ríos son mayores y constantes. A estos ciclos habría que añadir el impacto que el crecimiento o decrecimiento de los grupos humanos de agricultores y pastores tendría sobre la cubierta vegetal, al aumentar o reducir las roturaciones y la presión de los ganados, y sobre los procesos de erosión, incrementando o atenuando el efecto sobre el medio de los cambios climáticos. Sabemos que, cuando se estableció el poblado, la Lloma estaba desprovista de suelos naturales, lo que refuerza la idea del predominio de unas condiciones ambientales que favorecieron la erosión (Fumanal y Ferrer, 1998). En los depósitos sedimentarios que forman parte de derrumbes y rellenos del yacimiento se documentaron evidencias de la acción de pequeñas arroyadas que podríamos poner en relación con un clima muy parecido al actual. Aunque en otros yacimientos situados algo más al sur se identificaron sedimentos eólicos que nos hablan de una marcada aridez (Ferrer et al., 1993).

En este marco ambiental algo incierto y cambiante, las características del paisaje serían fundamentalmen-

te similares a las actuales. Teniendo en cuenta la reciente sobreexplotación de los acuíferos y la regulación de las aguas superficiales, podemos pensar que el río tendría un caudal mayor que el actual, aunque con un régimen estacionalmente irregular. Los retazos de terrazas fluviales más recientes no existirían aún, pero a grandes rasgos el valle sería muy parecido a como hoy lo vemos. En cambio, el llano litoral se encontraría en plena construcción, con extensas marjales y lagunas abiertas al mar.

Los suelos del entorno inmediato también serían parecidos a los que en condiciones naturales hoy podemos reconocer. En la zona calcárea, las rocas duras afloran cerca de la superficie dando origen a suelos raquíuticos, que hoy, como probablemente en época antigua, tienen un uso forestal. Allí donde las calizas y areniscas han desaparecido por efecto de la erosión, en las vaguadas y barranqueras, afloran las arcillas y margas, sobre las que se desarrollan suelos más o menos profundos, calcáreos o no, que pudieron permitir en la Edad del Bronce el desarrollo de cultivos extensivos de secano. Las terrazas fluviales más recientes del valle, constituidas por sedimentos de texturas francas, forman suelos jóvenes, profundos y bien drenados, óptimos para una agricultura intensiva (Ferrer et al., 1993).

Respecto a las relaciones con el medio físico de las comunidades humanas del yacimiento de la Lloma de Betxí, y en general de las de la Edad del Bronce Valenciano,



Fig. 3. Reconstrucción del paisaje original.

los estudios geoarqueológicos han contribuido a la investigación de dos aspectos: el uso de la arquitectura de piedra y barro, y la construcción de superficies aterrazadas en torno al hábitat. Efectivamente, la arquitectura de la Lloma de Betxí se caracteriza por el uso de piedra y el barro, siguiendo unos criterios de selección de los materiales del entorno que denota un gran conocimiento consuetudinario de sus características y capacidades. Así, se utilizan sedimentos muy finos para crear enlucidos y para crear capas impermeabilizantes en estructuras como la cisterna del yacimiento, o sedimentos de texturas más francas o arenosas en trabas de muros u otros

elementos que deben ser muy estables ante los cambios de humedad. Por otro lado, la modificación intencionada de la topografía de los promontorios en los que se suelen asentar los poblados, está también presente en la Lloma de Betxí. Se documenta la construcción de terrazas artificiales sobre las laderas, construidas con rellenos de tierra retenidos con muros y taludes de piedra, técnica que aparece por primera vez en esta época en nuestro territorio (Fumanal, 1990; Fumanal y Ferrer, 1998), y que aquí permitió ampliar el espacio llano y facilitó su aprovechamiento para diversas funciones asociadas, en principio estrictamente al hábitat.